



Revista de Artes y Humanidades UNICA
Volumen 23 N°48 / Enero-Junio 2022, pp.76-80
Universidad Católica Cecilio Acosta – Maracaibo - Venezuela
ISSN: 1317-102X e – ISSN: 2542-3460

Algunas anotaciones sobre el providencialismo de San Agustín

Cesar Camejo

Universidad del Zulia - Escuela de Filosofía
Maracaibo – Venezuela
cesarcamejove@gmail.com

DOI: <https://doi.org/10.5281/zenodo.7444726>

Recibido: marzo 2022

Aceptado: julio 2022

La obra de *La Ciudad de Dios* (426 d.C.) de Agustín de Hipona nos permite observar la formulación de todo un corpus sobre la construcción temporal del cristianismo que se perpetuará durante siglos. La idea orgánica del pensamiento histórico agustiniano se encuentra en el hecho de que Cristo es el centro de la historia, su acción -encarnación y sacrificio perpetuo- posee un valor infinito y pleno, irrepetible y más allá del tiempo. La historia es decididamente lineal, siendo su objetivo la plena realización del mensaje cristiano por medio del cual se dota de sentido al devenir del mundo.

Desde el punto de vista cristiano, la primera reflexión dogmática sobre la historia corresponde a San Agustín. Según el autor de *La Ciudad de Dios*, el plan providencial de la historia universal no tiene, sin embargo, un sentido propio, sino que es deudor del plan de redención de la creación entera. Para San Agustín, la historia del mundo no tiene un interés ni un significado intrínsecos, sino que se trata de un íterin entre un principio y un fin o consumación, cuyo acontecimiento central o suceso de salvación es la venida de Cristo. *Civitas Terrena* y *Civitas Dei*, recuerda Löwith, son dos sociedades místicas, y el progreso de los descendientes de Abel, moradores, pero no fundadores del saeculum, es un peregrinaje,

puesto que no hay otro progreso que el de la fe en Cristo. La historia sagrada y la profana, con los ojos de la fe, se presentan como una *ordinatio Dei*, y la historia escatológica, en consecuencia, como una historia secreta dentro de la historia secular.

Los cristianos son los primeros que están informados con certeza del principio, del centro y del final de la historia humana. Pero estas tres referencias son de orden religioso y no de orden filosófico. La filosofía está privada de ellas. La teología es la única que puede contar con ellas. Precisamente por poseer respuestas sobre el principio y el fin trascendentes de la historia, la interpretación histórica de los autores cristianos es lineal y progresiva, arranca de la afirmación del Dios único y creador que impulsa la historia hacia el establecimiento del Reino.

La característica del pensamiento cristiano de la historia está en el ordenamiento del tiempo no en base a un hecho inicial sino en base a la Encarnación como eje central y polarizador del acontecer terreno. El sentido cristiano de la historia es, pues, "cristiano", en otro sentido que la "filosofía cristiana". La filosofía cristiana es una filosofía natural del mundo, del ser, del hombre y de Dios; existe por sí misma, pero recibe de la Revelación una luz supletoria: la fe viene a ayudar a la razón como la gracia sana la naturaleza, para permitirle cumplir mejor su propia misión.

Pero no cabe decir lo mismo del "sentido cristiano de la historia". No había un sentido natural de la historia al cual la Revelación hubiera venido a purificar o completar. No había nada. El sentido cristiano de la historia es totalmente aportado por la Revelación, es esencialmente religioso y sobrenatural. Es teológico. Se puede "filosofar" sobre la historia, pero explicar el curso de la historia, eso es otra cosa. Quizá estas afirmaciones nos permitan entender mejor el radicalismo de San Agustín en este tema.

Agustín no hace historia sino teología de la historia; pretende con un método teológico la explicación última y total del hecho histórico desde la Revelación. Afirma la presencia del mal en la historia, pero afirma a la vez que tal presencia inexplicable únicamente es absurda para la razón sola. La Ciudad de Dios de San Agustín no es un escrito de circunstancias; no

se trata de un escrito improvisado sino de una obra en la que los temas mayores del pensamiento agustiniano iban a hallar su plena eclosión.

San Agustín no habla de realidades históricas sino meta-históricas. Su intuición central se basa en los dos amores que dividen la humanidad en dos grandes grupos: los que viven según el hombre y los que viven según Dios. Estas realidades "místicas" empiezan en la conciencia y en la voluntad de cada hombre y no se identifican totalmente con la Iglesia y el Estado. Pensamos con Troeltsch que sería anacrónico ver en las dos ciudades el ideal medieval de un orden temporal cristiano. La sola idea de una simbiosis entre ellas es extraña al *De Civitate Dei*.

Al mismo tiempo es juzgado desde la eternidad y el designio salvífico de Dios. Un tiempo original antes del pecado, como don gratuito con el que el hombre corría hacia su perfección; un tiempo de la caída, como consecuencia del pecado, que es un correr hacia la muerte; y un tiempo de Redención que significa poder llegar a ser "a pesar de". Sólo hay dos alternativas: sustraerse a Cristo y destruirse, o aceptar a Cristo y construirse. Ahí tenemos la ambivalencia del tiempo agustiniano. Por naturaleza, el tiempo es desgaste, decadencia; por gracia, es progreso y ascensión.

Ambivalencia del tiempo que únicamente ocurre en los seres espirituales, cuyo tiempo es "libre", en cuanto puede ser factor de progreso o decadencia, perdiendo así el fatalismo que caracterizaba al "tiempo griego". San Agustín rechaza por igual la actitud cíclica griega que significa evadirse del tiempo y de su acción, como la actitud del hombre "estético" que busca la eternidad en el tiempo, consumiéndose en el esfuerzo inútil de convertir lo fluyente en estable, y propone orientar el tiempo hacia la eternidad. Tal actitud nace del conocimiento del origen y el fin del tiempo y del convencimiento de que la eternidad se decide en la opción temporal a favor o en contra de Dios. Esta es la "dignidad trágica" del tiempo en Agustín. Podemos hablar de eternidad en el tiempo y no únicamente después del tiempo porque nuestro tiempo tiene un fruto eterno.

Existe, pues, una doble evidencia: el sentido cristiano de la historia es el único sentido que existe de la historia; y la Revelación cristiana no es otra cosa que la revelación del sentido de la historia. Digámoslo claramente: la historia es historia de salvación. El fin de la historia es nuestra definitiva incorporación a Cristo, Eje de la historia. El sentido de la historia es la Ciudad de Dios, y todo lo demás -que llamamos "historia profana"-, es medio y función de este fin. Lo temporal pasa, envejece, muere. Pero hay algo en la historia que no envejece, que siempre crece y avanza: es el crecimiento en plenitud de la Ciudad de Dios.

En nuestros planteamientos modernos reconocemos a las realidades terrenas sustantividad propia. ¿dónde queda aquí la propia autonomía de lo creado? Lo que nosotros llamamos "bien común" San Agustín lo llamó "*pax temporalis*". En su modo de pensar, la paz o el orden de una sociedad es tarea y empresa del hombre, no en cuanto cristiano, sino en cuanto hombre. "Los bienes terrestres (...) siendo como son temporales, hemos de mirarlos como una tabla en medio de las olas, que ni se abandona como un estorbo, ni se aferra uno a ella como si fuera tierra firme, sino que se usa como un medio para llegar a la playa".

Y es que no todas las preguntas del hombre moderno hallarán aquí solución. Para Agustín existen únicamente dos tipos de hombre y de ciudades: el hombre en Cristo o sin él. Lo humano, lo puramente humano no existe para él. Es cierto que reconoce las creaciones y valores naturales del hombre, sus realizaciones sociales, artísticas y técnicas, pero la relación que el hombre guarda con ellas nunca será "profana" o neutral, será buena o mala en cuanto nacida del "amor Dei" o "amor sui".

El sentido de la historia, tal como lo entienden las ideologías, consiste en discernir el supuesto curso fatal de las cosas y situarnos con relación a él de modo que nos favorezca. Sin duda, tiene a su favor un estado del espíritu, una especie de sentimiento intelectual. Lo que le interesa al "yo" es su propia supervivencia, su dominación y prosperidad. "Colocarse en el sentido de la historia" es anticiparse a los resultados de la lucha por el poder.

Pero el cristianismo no pretende indicar qué Césares hay que adorar; para la fe, el sentido de la historia consiste en explicar lo temporal por lo eterno, ya que lo temporal está hecho

para lo eterno. Si Agustín habla de pertenencias "místicas" a ciudades meta-históricas, o de tiempos ambivalentes es desde la seguridad que le presta su fe, seguridad de un conocimiento objetivo más allá del continuo sucederse los hechos.

Lo que es innegable es que, si queremos superar la historia, hecha desde los planteamientos intrahistóricos de hombres sujetos al transcurso del tiempo, únicamente puede hacerse en aras de un conocimiento trans-histórico de la propia historia, o lo que es lo mismo, desde un conocimiento meta-humano del hombre. Justamente lo que le promete la fe.